

Trajano, detúvose Constancio confundido, paseando sus miradas por aquellas construcciones gigantescas, cuya inefable belleza declara el historiador no poder describir (77).

El gran rey, el monarca legítimo de la Persia, el hermano mayor de aquel Sapor II tan funesto á Juliano y al imperio romano, Hormisdas se había refugiado á este imperio, y acompañaba á Constancio en su vista de Roma. Volviéndose el emperador á su huésped, le dijo: «Si no puedo reproducir enteramente este foro, confío al menos en que podré hacer imitar el caballo de la estatua ecuestre del príncipe.—Puedes hacerlo, dijo Hormisdas; mas antes manda edificar una caballeriza semejante á esta, para que tu caballo esté con tanto desahogo como el que vemos (78).»

Habiendo interrogado á este mismo desterrado sobre lo que pensaba de Roma: «Lo que me agrada en ella, dijo, es que los hombres mueren allí como en otras partes (79).»

Hormisdas siguió á Juliano en su expedición contra los Persas, y se oyó apellidar traidor por un oficial de Sapor, de aquel Sapor que ocupaba contra todo derecho el trono de su hermano.

Hormisdas vió morir á Juliano, del mismo modo que había visto pasar por el imperio á Constantino y á Constancio, y dejó un hijo á quien Teodosio I encargó al mando de una tropa de godos en Egipto. El último sucesor del héroe macedonio que destruyó el antiguo imperio de Ciro, Perseo, destronado, murió ejerciendo el oficio de escribano entre sus vencedores; y el heredero del nuevo imperio de los Persas, restablecido sobre las ruinas del de Alejandro, fue á buscar un abrigo en los palacios vacilantes de los Césares. En vez de asistir á la historia de su propio país Hormisdas fue un testigo de los Partos enviado para asistir al inventario de los monumentos romanos, puestos á pública subasta de las naciones, y para certificar la verdad de la caída de Roma. Todavía no le he dicho todo: Hormisdas, criado por los magos, era cristiano: así las cosas y los hombres se ven arrastrados por el encadenamiento de los eternos decretos (80).

Constancio declaró que la fama, que acostumbraba hacer uso de la mentira, de la malignidad, y siempre de los colores exagerados, se había quedado muy inferior á la verdad (81) en lo que refería de Roma. Intentó imprimir en ella algunas huellas de su paso; pero conociendo su propia importancia, tomó del país de los sepuleros un adorno fúnebre para la reina moribunda del mundo: el obelisco del templo de Heliópolis, que Constantino había proyectado trasladar á Constantinopla, fue enviado del Nilo al Tiber, y levantado en Roma en el gran circo: despues Sixto V decoró con él la plaza de San Juan de Letran. Aun en el día puede verse en pie este monumento de un Faraon, de un emperador y de un papa, que sucumbieron igualmente (82).

Constancio, á quien faltaba segun Libanio el corazón de un príncipe y la cabeza de un capitán; aquel soberano que pasó su reinado en las tribulaciones de las discordias civiles, y de una guerra tenida contra Sapor, aumentó su embarazosa situación, tomando parte en las contiendas eclesiásticas. Su corte era arriana, y en los concilios de Seleucia y de Rimini abrazó personalmente el partido de los arrianos. A solicitud de Constante su hermano, había llamado al pronto á Atanasio de su primer destierro, y le conservó aun en su sede despues de la deposición pronunciada por el concilio arriano de Antioquia; pero le abandonó en el tercer concilio de Milan. Hubo obispos desterrados, intrusos, católicos, arrianos, y semi-arrianos. Entonces se celebró el primer concilio de París ó de Lutecia (83), y se declaró católico bajo la protección de Juliano, que meditaba en el mismo si-

no el restablecimiento del paganismo. San Hilario de Poitiers, desterrado en Oriente, halló los mismos desórdenes al volver á su Iglesia, y escribió así contra el emperador Constancio: «Safudais á los obispos con el beso con que fue vendido Jesucristo: bajais la cabeza para recibir su bendición, y hollais con los piés su fe.» Lucifer de Cagliari, mas osado aun, amenazó con la espada de Matathías y de Fines al infiel Constancio. San Martin, que aparecía entonces en la escena, sirvió primero como soldado en las tropas del apóstata, y dió nacimiento al primer monasterio de las Galias, llamado Lugugiacum ó Ligugé, distante dos leguas de Poitiers. Pacomio, Hilarion y Marcario, habían sucedido á San Antonio y San Pablo, y San Basilio meditaba ya la regla que debía gobernar en el Oriente á un pueblo de solitarios.

La turbulencia y la ligereza de Constancio arruinaban el imperio con convocaciones de concilios y traslaciones de obispos en los carruajes y caballos de las postas imperiales (84). Sus profusiones aumentaban su codicia, pronunciaba sentencias injustas, y el tormento arrancaba á los reos mentiras que se tomaban por verdades (85). En vez de emplear su autoridad en extinguir las disputas religiosas, inflamábalas con su manía de argumentar, y con los ensueños místicos de las mujeres y de los eunucos.

Los papas Julio y Liberio se habían declarado sucesivamente en Roma en favor de San Atanasio, aunque Liberio se mostró primero débil, y San Hilario le anatematizó. Liberio perseguido se ocultó en los cementerios que rodean la ciudad, y habiéndole descubierto le condujeron á Milan, donde el emperador procedió al interrogatorio. Defendió á Atanasio, y respondió á Constancio que le acusaba de sostener él solo á un impío: «Aun cuando yo fuese solo, no sucumbiría la fe (86).» Desterrado á Berea en la Tracia, se negó á admitir el dinero que el emperador, la emperatriz y el eunuco Eusebio le ofrecían: «Has dejado desiertas las iglesias del mundo, decia al postero, y ¡me ofreces una limosna como á un criminal (87)!» Félix, archidiacono de la Iglesia Romana, fue el anti-papa arriano.

Constancio permaneció en Roma en la época en que mas ardimiento manifestaban los partidos que sostenían á Félix y á Liberio. Las matronas romanas católicas se presentaron al emperador con la magnificencia acostumbrada de sus adornos, rogándole que restituyese al rebaño su pastor ausente, consintió el emperador en llamar á Liberio, con tal que gobernase la iglesia de acuerdo con Félix. Leyóse esta resolución en el circo al pueblo reunido, y las dos facciones paganas que se distinguían por sus colores, dijeron zumbándose que cada una tendría su pastor; mas la muchedumbre cristiana prorumpió en esta aclamación: ¡Un Dios! ¡Un Cristo! ¡Un obispo (88)! En otro tiempo la misma plebe gritaba: ¡A las fieras los cristianos!

En medio de aquella confusión, vuelto Constantino á Oriente (89), y envidioso de los triunfos de Juliano, intentó debilitarle la mayor parte de su ejército, bajo pretexto de continuar la guerra contra Sapor. Juliano dió prisa á sus tropas, ó fingió darla para que partiesen, y esta fue la primera escena grande y militar de que París fue testigo.

Sentado en un tribunal levantado en las puertas de Lutecia, Juliano invitó á los soldados á obedecer las órdenes del Augusto, y los soldados guardando triste silencio se retiraron á su campamento. Juliano acarició á los oficiales, y les manifestó el pesar que le causaba separarse de sus compañeros de armas sin poderlos recompensar dignamente. A media noche se sublevaron las legiones, saliendo en tumulto del banquete dado por despedida, cercaron el palacio, y desenvainando las espadas á la luz de las antorchas, gritaron: ¡Juliano es Augusto (90)!

Habia mandado este atrancar las puertas, y forzaron las espadas al despuntar el día; apoderáronse del César, y le llevaron á la manera de un déspota asiático: (91) el collar militar de un astiario (92) le sirvió de diadema; porque rehusó ponerse para esto, (por ser de mal agüero) un collar de mujer (93) ó un adorno de caballo que le presentaban los soldados.

Para que nada de extraordinario faltase al advenimiento del restaurador de la idolatría, Juliano escribió al pueblo y al Senado atenienses (*Ad. s. p. o. Ath.*) la relación de lo que había pasado en Lutecia; envió cartas aclaratorias á Constancio, pidiéndole la confirmación del título de Augusto. Para encontrar otro ejemplo de un emperador proclamado en París, preciso es saltar de Juliano á Napoleon. Despues de inútiles negativas, Constancio desechó los ruegos de su rival, y le intimó que dejase la púrpura tratándole de ingrato: «Acuérdate que te protegí cuando eras huérfano—¡Huérfano! dijo Juliano en su respuesta á Constancio: ¡el asesino de mi familia me echa en cara el haber sido huérfano (94)!

Juliano reunió en Lutecia al pueblo y al ejército, les comunicó los mensajes que habían llegado de Oriente, y les preguntó si debía abdicar el título de Augusto. Levantóse extraordinaria gritaría diciendo: «Sin Juliano Augusto, piérdese el poder para las provincias, los soldados y la república (95).»

El cuestor Leonás fue el encargado de llevar la respuesta pública á su amo, con una carta particular llena de cólera y del desprecio de Juliano.

Decidido á marchar á Oriente, partió Juliano con tres mil soldados, apenas le seguían otros treinta mil. Todo fue consternación: Tauro, prefecto de Italia, huyó; é igualmente emprendió la fuga Florencio, prefecto de Iliria: solo Nebridio, prefecto del Pretorio en Occidente, permaneció fiel á Constancio; perdió una mano de un sablazo, y Juliano rehusó estrechar la noble diestra que restaba á Nebridio (96).

El nuevo Augusto bajó el Danubio, costeando unas veces sus orillas, y entregándose otras á su corriente; vino á parar á Sirmio, capital de la Iliria occidental; se apoderó del paso de Suques, entrada de la Tracia, é hizo alto separando á su ejército (97).

Entonces volvió los ojos á lo pasado y la espalda, al porvenir, y preparándose la triste gloria de haber sido el primer príncipe apóstata, abjuró públicamente el Cristianismo: declaró que confiaba su vida y sus causas á los dioses inmortales, mandó volver abrir las puertas de los templos con grande estruendo, y secó el agua del bautismo con la ceremonia del taurobólo: una sola divinidad de las invocadas apareció por un instante entre el humo de los sacrificios de Juliano, la Victoria.

Los soldados que le acompañaban, blandiendo las espadas por encima de sus cabezas, ó volviendo la punta del acero contra sus pechos, habían jurado morir por su causa, no obstante que muchos eran cristianos; mas Juliano los había engañado. Antes de salir de las Galias había entrado el día de la Epifanía en la iglesia de Viena y orado en ella. Ammiano-Marcelino afirma que en aquel momento mismo profesaba en secreto el paganismo (98): ¿qué diría pues el perjuro en Viena al Dios de los cristianos?

Constancio * se preparaba á rechazar la invasión cuando murió en Mopsucrena de Cilicia, despues de haber sido bautizado por Euzoio, de la comunión arriana. El Senado de la nueva capital se puso de parte de la fortuna, y Juliano entró en su ciudad natal, á la que Constancio decia amaba como á su hermana, y que el Juliano adoraba como á una madre (99). Constantinopla cristiana recibió la idolatría, así como Roma pagana había recibido el Evangelio.

Una comisión establecida en Calcedonia juzgó á los

* JULIANO, *edipet.* DAMASO, papa, J. C. 562—565.

ministros de Constancio; y Pablo, Apodemo y el eunuco Eusebio, fueron justamente castigados: otros sufrieron con injusticia la muerte y el destierro.

La corte experimentó una reforma total, y se despidió á miles de cocineros y barberos: uno de estos se presentó soberbiamente vestido para cortar los cabellos al sucesor de Constancio. «No he pedido un tesoro, dijo Juliano, sino un barbero (100).» Los agentes, que ascendían á mas de diez mil, quedaron reducidos á diez y siete; y abolidos los curiosos y otras clases de espías.

Conviene ahora conocer mas interiormente al hombre que ha llegado á ocupar en la historia un lugar privilegiado, oponiendo su genio y su poder á la transformación social de donde han salido los pueblos modernos.

SEGUNDA PARTE.

DESDE JULIANO HASTA TEODOSIO I.

CUANDO Juliano fue desterrado á Atenas por Constancio, hallábase en aquella ciudad San Basilio y San Gregorio Nazianceno; este último nos ha dejado un retrato del apóstata, en que se trasluce la enemistad del pintor. «Era de mediana estatura; tenía el cuello grueso y anchos los hombros, que levantaba y removía con frecuencia, así como la cabeza: su pisar no era muy firme, ni muy seguro el paso. Sus ojos eran vivos; pero sin fijeza y muy saltones; su mirada era furiosa; la nariz desdenosa é insolente; la boca grande; el labio inferior algo pendiente, y la barba erizada y puntiaguda; hacia gestos ridículos y movimientos con la cabeza sin objeto: reía sin medida y á grandes carcajadas; deteníase al hablar y tomaba aliento; dirigía preguntas impertinentes, y daba respuestas contradictorias la una de la otra, y que carecían de firmeza y de método (1).»

Ammiano-Marcelino, que miraba á Juliano con buenos ojos, conserva sin embargo en el retrato de este príncipe algunos rasgos del de Gregorio Nazianceno (2); y el mismo Juliano en el Misopogon aparece atestiguar la malévola exactitud del pincel cristiano.

«La naturaleza, á mi entender, no ha prodigado atractivos á mi rostro; y yo perezoso y extravagante, le añado mi larga barba en castigo de su aire desagradable. En esta barba dejo errar los insectos (3) como las bestias en el bosque. No puedo comer ni beber á mi antojo, porque temo comer imprudentemente mis pelos con el pan. Es para mí una felicidad el que no me cuide de dar, ni de recibir besos....

«Decís que pueden tejerse cuerdas con mi barba; consiento con todo mi corazón en que arranqueis los pelos: guardaos solo de que su aspereza no estropee vuestras manos suaves y delicadas.

«No vayais á creer que vuestras zumbas me desconsuelan, al contrario, me complacen, porque en fin, si mi barba es como la de un chivo, podría, afeitándola asemejarla á la de un lindo mozuelo, ó á la de una doncella, sobre quien la naturaleza ha derramado sus gracias y su hermosura. Pero vosotros, los que teneis una vida afeminada y costumbres pueriles, quereis parecer jóvenes hasta en la vejez, no es como yo, en las mejillas, sino en vuestra frente arrugada donde se da á conocer el hombre.

«No me basta mi desmedida barba; llevo la cabeza desaliñada; rara vez corto el cabello; rara vez las uñas, y tengo los dedos ennegrecidos con la pluma.

«¿Quereis saber mis imperfecciones secretas? Mi pecho es horrible y velludo como el del Leon, rey de los animales. Nunca he querido afeitarme; ¡tan toscos y despreciables son mis hábitos! Nunca he aseado

parte alguna de mi cuerpo; y os lo diría todo francamente, aun cuando tuviese una verruga como la de Cimon (4).»

¡Y es el Señor del mundo el que habla de sí mismo de esta suerte! Pero esta humildad brutal, es el orgullo del poder.

Juliano estaba adornado de virtudes, de talento y de una grande imaginación: pocas veces un mismo hombre ha escrito y llevado una corona como Juliano. Aborrecía los juegos, los teatros, los espectáculos: era sóbrio, laborioso, intrépido, ilustrado, justo, administrador perfecto, y enemigo de la calumnia y de los delatores. Amaba la libertad y la igualdad, tanto como puede amarlas un príncipe, y desdeñaba el título de Señor ó de amo. Perdonó en las Galias á un eunuco encargado de asesinarle.

Un día le enseñaron un ciudadano que decían aspiraba al imperio, porque se había mandado preparar un manto de púrpura. Juliano encargó al oficioso amigo del príncipe legítimo, presentase al usurpador un par de boreguis adornados de púrpura, para que nada faltase al traje imperial (5). La ley prohibía bajo pena de muerte que se fabricasen para los particulares telas de púrpura, y un usurpador se veía reducido en los primeros momentos de su elección, á robar la púrpura de las banderas militares y de las estatuas de los dioses.

Maris, obispo arriano de Calcedonia, insultaba á Juliano que ofrecía sacrificios en un templo de la fortuna. Juliano le dijo: «Anciano, el galileo no te volverá la vista.» Maris era ciego.—Le doy gracias, respondió el obispo, porque así me ahorra el dolor de ver á un apóstata como tú (6).» El emperador sufrió con paciencia esta reconvencción injuriosa.

Delphidio, célebre abogado de Burdeos, pleiteaba delante de Juliano contra Numerio, acusado de concusión en el gobierno de la Galia-Narbonense; y Numerio negaba los hechos: «¿quién no será inocente, gritó el abogado, si basta negar?—¿Y quién estará inocente, replicó Juliano, si basta ser acusado (7)?»

Otros abogados encomiaban á Juliano. «Regocijarme vuestros elogios, les dijo, si tuvierais valor para censurarme» (8).

El pueblo de Antioquia denunció á un cierto Thalasio por exactor y enemigo antiguo de Galo y de Juliano. Conozco dijo el emperador que me ha ofendido: y eso mismo debe hacer vos suspender vuestras persecuciones hasta que me haya vengado de mi enemigo.» Y perdonó al acusado (9).

Un hombre se prosternó á sus pies en un templo, rogándole á gritos que le perdonase la vida. «Es Teodoto, le dijeron, jefe del Consejo de Hieraplea; que en otro tiempo pedía vuestra cabeza á Constancio.—Hace mucho tiempo que lo sabía, respondió el emperador. Vuelve en paz á tus hogares, Teodoto: Tengo empeño en disminuir el número de mis enemigos y aumentar el de mis amigos» (10).

Cierta mujer se quejaba contra un criado de la servidumbre militar despedido de Palacio; y no se había atrevido á citarle mientras se mantuvo en el favor. Presentóse en la audiencia imperial con las insignias de su empleo; y la mujer se creyó perdida, presumiendo que su adversario había vuelto á la gracia del príncipe. «Mujer, dijo Juliano, sosten tu acusación: el demandado no se ha puesto su cinto sino para caminar mas á prisa por el lodo; sus insignias nada pueden contra tu derecho» (11).

La publicación del Misopogon manifiesta la misma elevación de carácter: prescindiendo del orgullo cínico de esta obra, un hombre revestido del poder absoluto, rodeado de un ejército de bárbaros consagrados á sus mandatos, un príncipe que podía con una sola señal hacer exterminar á sus insolentes detractores, y que se contenta con vengarse de un libelo con un folleto, es un ejemplo único en la historia de los pueblos

y de los reyes, César en el Anti-Caton no tuvo que vengarse sino de la virtud, y no pudo vencerla ni aun uniendo las armas á la sátira.

Los Césares son todavía mas extraordinarios que el Misopogon ¿Qué soberano ha juzgado jamás á sus predecesores con tanto rigor, y superioridad? Julio-César entra el primero en el banquete de los dioses: Sileno advierte á Júpiter que aquel convidado podría muy bien pensar en destronarle, y Júpiter observa que la cabeza de aquel mortal no deja de parecerse á la suya. Viene Augusto, Augusto, cuyos colores del rostro cambian como los del camaleon: Tiberio de aspecto fiero y terrible, y con la espalda cubierta de lepra: Calígula, monstruo á quien precipitan en el Tártaro: Claudio, príncipe de escaso entendimiento, que no es nada sin Palas, Narciso y Mesalina: Neron con una corona de laurel en la cabeza y una lira en la mano, á quien Apolo arroja en el Cocito: Siguen despues hombres de todas clases; los Galbas, los Othones, los Vitelios; Vespasiano que corre á apagar el fuego prendido en los Templos (12). Tito á quien envían á la Venus pública, Domiciano á quien encadenan junto al Toro de Falaris y Nerva, á cuya vista exclama Sileno: «¡Dejasteis oh dioses, quince años á un monstruo en el trono, y este anciano afable y justo no ha reinado un año entero! ¡Júpiter tranquiliza á Sileno anunciándole que seguirán á Nerva, príncipes virtuosos.

Preséntase Trajano: Sileno recomienda en el instante á Júpiter que vigile al que da de beber á los inmortales. ¿qué busca Adriano? ¿Su Antinoo? No está en el Olimpo.—Antonino, moderado, excepto en amor, detendriase á dividir en porciones iguales un grano de comino. Al ver á Marco-Aurelio, Sileno declaró que nada tenia que echarle en cara.

Sobreviene un debate entre Alejandro y César, justadores de la gloria. César afirma que ha eclipsado á los hombres grandes de su tiempo y de todos los siglos, y todos los países. ¿Qué pretende Alejandro con su conquista de la Persia? ¿Puede oponer algo acaso á la batalla de Farsalia? ¿Quién era mas diestro capitán, Pompeyo ó Darío? ¿Donde estaban los mejores soldados? «Tú Alejandro, degollaste á los ciudadanos de Tebas, incendiaste las ciudades de los desventurados griegos; Yo César conquisté las Galias, pasé el Rhin, atravesé el Occéano, y salté á la costa de los Bretones. Tu venciste diez mil griegos, y yo derroté á ciento cincuenta mil romanos.»

Alejandro que comenzaba á enfurecerse, apostrofa á Júpiter, y le pregunta cuando acabará de alabarse aquel hablador romano. ¡Ha triunfado de Pompeyo! ¡Pompeyo, pobre hombre, que se aprovechó de los triunfos de Lúculo, y á quien han dado el nombre de grande por lisonja; pero podía compararse á Mario, á los dos Escipiones, á Camilo? «Tu derrotaste á Pompeyo, César? ¡A Pompeyo tan cuidadoso de su peinado, que no se atreva á rascarse la cabeza sino con la punta del dedo! No sometiste á los Galos y á los Germanos sino para encadenar tu patria: ¿hubo nunca acción mas impía y detestable? No hables con tanto desden de los diez mil griegos á quienes me vi obligado á rendir. Vosotros, Romanos, que apenas habeis podido apoderaros de la Grecia en su decadencia, que os esforzásteis por someter un Estado reducido, casi ignorado en los gloriosos dias de la Helenia, ¿que hubiera sido de vosotros si os hubierais visto precisados á combatir á los Griegos unidos y florecientes? ¿Qué bien está el hablar con menosprecio de mi conquista de Persia, á vosotros, famosos conquistadores que despues de tres siglos de guerra habeis logrado con el sudor de vuestra frente enseñorearos de algunas ciudades situadas mas allá del Tigris! Menos de diez años bastaron á Alejandro para domar la Persia y las Indias.» La sátira continúa de esta manera despiadada, altanera y exacta hasta Constantino, tratado con ultraje por el restaurador de la idolatría: le

entrega á la diosa de la molice, que lo abraza, lo viste con una ropa mujeril de diferentes colores, y lo lleva por la mano á la lujuria. A su lado encuentra Constantino á su hijo Crispo, que gritaba incesantemente. «Corruptores de mujeres, homicidas, sacrilegos, malvados, acercaos todos los que tengais necesidad de expiación: con un poco de agua quedareis purificados. Si recaeis en nuevas faltas, daos golpes en la cabeza, en el pecho, y todo os será perdonado» (13).

Descúbrense aquí triple calumnia y odio inveterado; no reconocemos ya al soberano superior que condena á los malos príncipes, ni al hombre grande que juzga á sus iguales.

Juliano era músico y poeta de talento: nos quedan dos epigramas suyos elegantes, el uno contra el féretro, y el otro describiendo el órgano poco mas ó menos tal como es en el día (14). Sus cartas son instructivas, aunque escritas en estilo poco natural (15): copiaremos una en que abundan por demás las Nereidas, las Gracias, las Ninfas, vulgaridades de la mitología, y que se parece en extremo á las floridas epistolas de lirios y rosas que el gran Federico escribía á los literatos la víspera de una batalla; mas el asunto es interesante y las descripciones agradables, y nos revela varios secretos de la vida y de la juventud de Juliano.

La abuela materna de este le había dejado una reducida posesion en Bithinia, y el emperador escribe á un amigo, cuyo nombre ignoramos, regalándoselas. ¿Quién es el rey de una provincia del imperio romano que no creyese en el día menoscabar el dominio desmembrar el dominio de su corona, y comprometer la dignidad de su persona ofreciendo con tan buena voluntad la herencia de su abuela á un amigo?

«La casa no dista veinte estadios del mar; pero no aturden allí el mercader, ni el marinero gritador y pendenciero. No obstante, gózase en ella de los presentes de las Nereidas, y cómese el pescado fresco y palpitante. Si trepas á un cerro poco distante de la casa, verás la Propóntida, sus islas y la ciudad que lleva el nombre ilustre de un emperador. No vivirás allí en medio del alga, del musgo y de las demás plantas desagradables y desconocidas que arroja el mar á la playa, sino entre los sauces, el tomillo y las yerbas que exhalan perfumes. Recostado con un libro en la mano, despues de una lectura reflexiva podrás entregar al descanso tus fatigados ojos: el mar y los bajeles te ofrecerán un espectáculo encantador. En mi infancia me agradaba en extremo este sitio, porque reunia fuentes no dignas de desprecio, baños bastante limpios, hortaliza y árboles. Cuando llegué á la edad de hombre, ansiaba ardientemente volver á ver tan delicioso sitio, y volví á él muchas veces en compañía de algunos amigos. Consagréme á la agricultura para plantar en aquella tierra, como un monumento, una viña que da vino suave y lleno de fragancia. Hallarás en mi cercado á Baco y á las Gracias: los racimos pendientes de la cepa, ó trasladados al lagar, exhalan el olor de las rosas; y encerrado el licor en el tonel es ya un néctar, si hemos de dar crédito á Homero. Me preguntarás quizás, ¿por qué siendo el terreno tan propio para el cultivo de la vid no he plantado mas? En primer lugar no soy un agricultor muy diestro, y las Ninfas me templan la copa de Baco; no queria mas vino que el necesario para mí y para mis convidados, cuyo número sabes que no es muy grande. Acepta pues, ese regalo, ¡oh querida cabeza (16)! Es de escaso valor, en verdad; pero lo que pasa de un amigo á otro amigo, de la casa á la casa, es muy dulce como lo dice el sabio poeta Píndaro.»

Los discursos de Juliano participan de los defectos de la literatura de su tiempo; mas el que dirige á los atenienses, libre en parte de tales lunares manifiesta la gravedad con que pudo escribir la historia de la

guerra de las Galias y de la Germania. Sensible es que el apóstata haya elogiado tanto en sus dos panegiricos á Constancio su perseguidor, y haya estado tan frio en el elogio de Eusebia, su bienhechora, y quizás algo mas (17).

Juliano, gran admirador del tiempo pasado, quiso que el vocabulario de que se servía se remontase á los dias clásicos de la Grecia: revistió frecuentemente con la dición antigua las ideas modernas; podemos formar concepto de este contraste por un ejemplo en sentido opuesto. El autor de las *Vidas de los hombres grandes* escribió en griego, en un idioma perfecto y anticuado y ha sido traducido al francés en un idioma imperfecto y naciente, lo cual ha originado un fenómeno extraordinario: el ingenio de Plutarco era cándido, y su lengua no lo era ya: se ha presentado Amyot, y ha suministrado á Plutarco la lengua que faltaba á su ingenio. Pero Amyot no es tan feliz en sus *Morales*: el idioma galo que tan bien se había prestado á las narraciones del biógrafo, no ha podido verter las ideas complexas y las expresiones metafísicas del filósofo.

Grandes imperfecciones equilibraban las eminentes cualidades de Juliano: echaba á perder su carácter original copiando á otros hombres grandes, y parecia no serle natural sino la continua imitación. Habíase propuesto principalmente por modelos á Alejandro y Marco-Aurelio: su memoria dominaba sus acciones y hacia que su erudición tomara parte en su vida. Cuando devolvió á los obispos el tratado de Diodoro de Tarso en favor del Cristianismo, con las tres palabras: *Anegnon, egnon, categnon: lei, entendi, condené*; recordó con suma violencia el *Veni, vidi, vici*, de César. Sus actos de clemencia eran poco meritorios, porque el desden tomaba en ellos mas parte que la generosidad, superficial, burlon, petulante, argumentador sin decoro, de una locuacidad inagotable, habria degenerado en cruel si se hubiera dejado llevar de sus inclinaciones (18). En sus arrebatos involuntarios, rebajábase hasta el extremo de golpear con las manos y con los pies á las gentes del pueblo que se presentaban en sus audiencias (19). Su pudor es sospechoso; y aunque Mamertino asegura que su lecho era mas casto que el de una Vestal, es probable, cuando no cierto, que tuvo hijos naturales (20). El poder de una palabra es tan inmenso, que el nombre de apóstata dado á Juliano basta para mancillar su memoria, aun al presente en que nos separan de este príncipe catorce siglos, y en que sucumben las instituciones que proscribía.

La antipatía de Juliano al culto de los cristianos se robusteció con el aborrecimiento que la inspiró el príncipe que asesinó á su padre, que entregó su hermano al verdugo, y amenazó por largo tiempo su vida. El ara antigua era entonces el ara perseguida, y Juliano se adhirió á ella del mismo modo que un carácter generoso abraza el partido de la patria, de la debilidad y del infortunio: quiso dar crédito á los absurdos que su razon condenaba, y empleó su ingenio como los filósofos de su época, en explicar por medio de alegorías el culto de aquellas divinidades, personificaciones de los objetos de la naturaleza, ó pasiones materializadas. La belleza de las ceremonias del paganismo encantaba su imaginación poética, alimentada con los ensueños de la Grecia; en el renacimiento de las letras verificado en el siglo xvi, algunos escritores de Francia y de Italia, enamorados de tan bellas fábulas, se convirtieron en verdaderos paganos, y abjuraron de su creencia entre las manos de Homero y de Virgilo. Juliano atribuía su salvación á su piadosa veneración hacia los dioses, que á él solo habian exceptuado de la justa sentencia pronunciada contra la impia familia de Constantino.

Su aversión al Cristianismo se acrecentó tambien probablemente con el espectáculo que ofrecía la so-

ciudad cuando subió al imperio. La herejía de Arrio lo había dividido todo y subdividido; no se oían sino anatemas lanzados y recibidos: los mismos católicos no se entendían ya; los obispos se disputaban las sedes, y el cisma añadía sus desórdenes á los de la herejía. Juliano había hecho la observación de que los

cristianos son mas crueles entre si que las fieras con los hombres (21) (es un autor pagano el que lo afirma). Atanasio observa lo mismo de los Arrianos (22). Tales querellas extendidas por todas las ciudades, pueblos y aldeas debilitaban el imperio en el exterior, paralizaban la acción del poder en el interior, y ha-



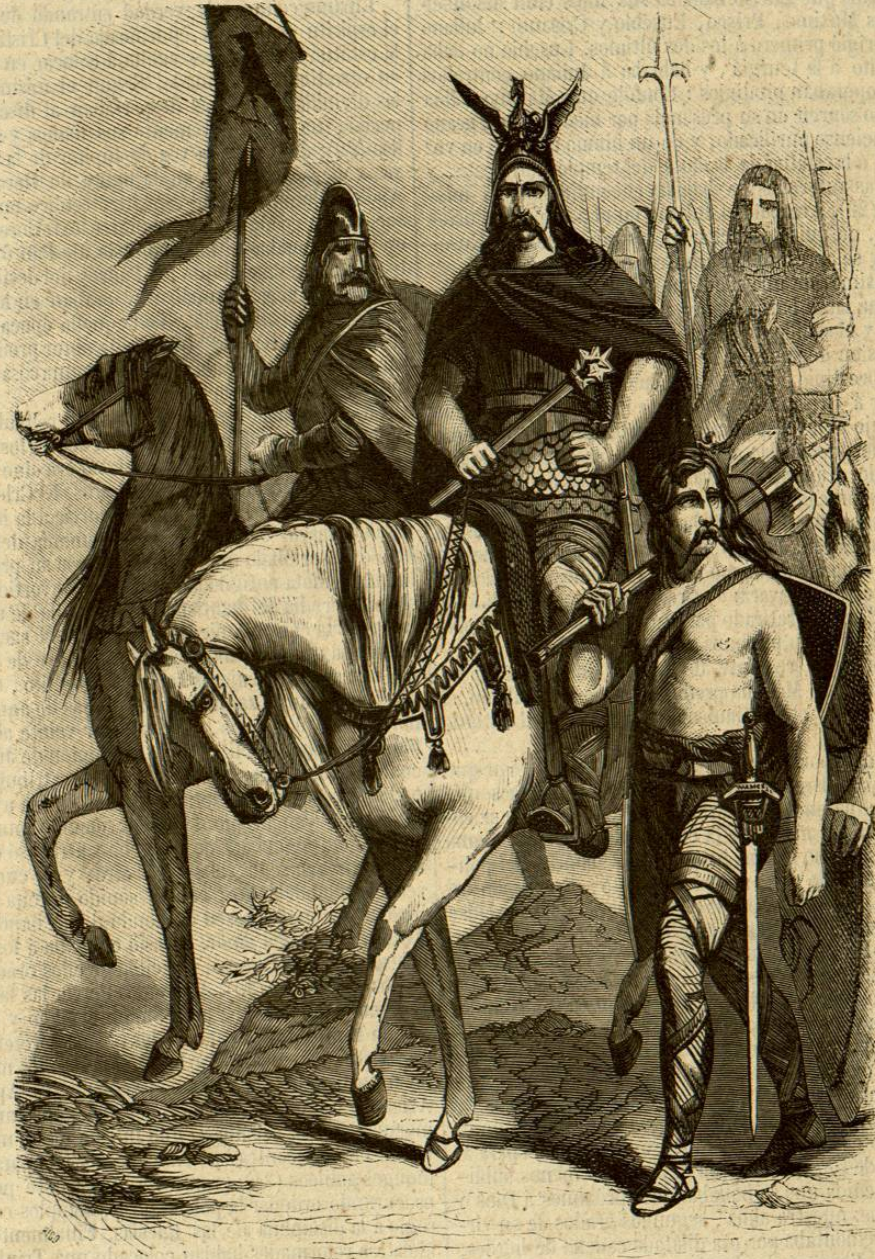
JULIANO LE CONDENA A SER ARROJADO A LAS FIERAS.

cian la administración peligrosa y difícil. Los jueces y los gobernadores se ocupaban exclusivamente en reprimir los delitos y sediciones de los cristianos. El famoso Jorge, obispo arriano de Alejandría, perseguidor de los paganos y de los católicos, había asolado el Egipto con sus rapiñas y sus crueldades. Diodoro, uno de sus adherentes, cortaba por su propia autori-

dad la cabellera de los niños, cabellera que la idología materna dejaba crecer en honor de alguna divinidad protectora. El pueblo cansado se sublevó, asesinó á Jorge y robó su biblioteca, cuyos restos mandó reunir cuidadosamente Juliano al prefecto de Egipto. La locura de los Galileos, dice el mismo príncipe en su carta á Artabio, lo ha perdido casi todo (23)

Juliano que no hubiera podido reconocer la verdad cristiana en medio de unos hombres que no se entendían sobre la naturaleza del Cristo, pudo creer, pues, que suprimiría á la vez todos los males sofocando todas las sectas bajo el dominio del antiguo culto: error fue este, propio de un juez preocupado, que tomó los

efectos por la causa, que no observó sino la parte exterior de los trastornos, que no vió el movimiento sino en la superficie, y no descubrió la idea inmóvil que descansaba en el fondo de tales turbulencias. Habíase verificado una revolución, y realizado un cambio en la especie humana.



LOS BARBAROS VIENEN A ATACAR A LOS ROMANOS.

Sin embargo, la educación de la infancia del gran enemigo de la cruz había sido enteramente cristiana: había disputado sobre devoción en Marcelo con su hermano Galo; parece también que después de haber sido lector en la Iglesia de Nicomedia, se había hecho monje, para hacerse fraile (24) intención que se ha querido atribuir á hipocresía, y que es mas justo consi-

derar como impulso de un alma exaltada. Juliano no podía ser cristiano ni filósofo á medias, porque la naturaleza no le había dejado sino la elección del fanatismo.

Sea como quiera, tan pronto como este príncipe fue separado de Galo, se entregó á la pasión del estudio que le había inspirado Mardonio, su primer maes-